



Semblanza del novelista

Ya cano, un poco triste, poeta, sentimental,
pasea por la vida con un gesto elegante;
su bustón es Babieca y, a un tiempo, Rocinante:
tiene los ojos fijos en remoto ideal.

Mira de igual manera hacia el Bien que hacia el Mal.
Jamás tuvo una frase burda ni detonante:
su verbo armonioso, delicado, galante,
es la voz escondida del dulce Parsifal...

«La canción de la huerta» tiene todo el encanto
de la risa que rima con el divino llanto:
el encanto escondido del llanto y de la risa.

Y a esta bella heroína de su hermosa novela,
quizá, dentro del alma, le alumbra la candelita
que a Friné, Margarita, Ofelia y Monna Lisa.

PEDRO LUIS DE GÁLVEZ

LA CANCIÓN DE LA HUERTA

NOVELA POR
**LUIS LEÓN
DOMINGUEZ**

AÑO I
NÚM. 6

20 cénts.

ESQUEMAS

Publicará en su número próximo la
magnífica novela de aventuras

La Reconquista

original del gran literato gallego y redac-
tor de EL SOL

Javier Montero

Próximamente novela de los ilustres litera-
tos D. Manuel Linares Rivas, el señor Mar-
qués de Figueroa y otros insignes escritores

ESQUEMAS

Fiel a su programa de dar a conocer los valores literarios
de nuestra juventud, publicará mensualmente una
novela de un escritor inédito.

ESQUEMAS

REVISTA LITERARIA

AÑO I NÚM. 6

Madrid 24 de Abril de 1921

DIRECTOR:
XAVIER BÓVEDA

Publicará semanalmente una novela corta e inédita de los más ilustres novelistas

La canción de la huerta

NOVELA POR

LUIS LEÓN DOMÍNGUEZ

I

Apenas echaba Dios sus luces sobre la huerta, Rosa-María comenzaba a cantar, alegre como un pajarillo.

En esa divina hora en que el campo despierta a las primeras caricias de la luz, todo estaba envuelto en una aureola de pureza y de misterio; las acciones más humildes adquirían una nobleza y una expresión casi sobrehumana y la figura gentil de la muchacha, aparecía bajo el verde palio del emparrado, iluminada por la luz de la mañana, que penetraba por entre la hojarasca, como a través de una policroma vidriera.

Rosa-María cantaba ingenuamente, y su voz, unida a los rumores lejanos, a la canción del muchacho que pasaba por el camino, al eco de una esquila, y a los armoniosos rumores del campo, a las notas del agua que corría por la acequia, y al susurro del viento que pasaba por entre los naranjos, tenía algo

de arrullo, era como la profunda y misteriosa canción de la huerta, canción llena de paz y de misticismo.

Así, al menos, sonaba en los oídos del viejo hortelano, que, no lejos de la muchacha, comenzaba su labor.

Cuando mi niña va a misa
la iglesia se resplandece;
la yerbabuena que pisa,
si está seca, reverdece.

Así cantaba Rosa-María, y al conjuro de su voz resplandecía el rostro del viejo, y las plantas que preparaba para el mercado parecían reverdecer en sus manos.

Así cantaba enlazando una copla con otra, ligando seguidillas con malagueñas, cuando, de improviso, quedó interrumpida la canción.

El ruido de un coche que avanzaba por la carretera, seguido de todo un tren de vehículos de diversas categorías, atrajo la atención de la muchacha.

Detúvose el carruaje ante la verja de «Monte-Sión» y Rosa-María gritó:

—¡Papá Frasquito, papá Frasquito!

—¿Qué?

—Ya están ahí los señores...

—¡Bien veníos!

—Voy a asomarme...

—¡Bueno! pero no vayas sólo; avísale a mamá Ana... que es tan curiosona como tú.

La llegada de los «señores», era, en efecto, un acontecimiento en aquel apacible rincón donde nunca ocurría nada.

La antigua «Monte-Sión» con sus viejos muros y su severa traza, que fue un tiempo, convento de Padres Gerónimos, y todavía, apesar de los años, elevaba su frente altiva, como un señor feudal, sobre las humildes huertas y las pobres chozas; el soberbio edificio, rodeado de jardines, que abría la puerta de su verja en la orilla del camino que va de Zalamea del Campo a San Juan de los Alcores, y alzaba sus torreones atalayando hasta el mar; había permanecido muchos años deshabitado

y silencioso como una ruina; su jardín se convirtió en bosque, la tapia abrió una brecha al camino, y sus salones se poblaron de sabandijas y avechuchos.

Mas un buen día llegó un forastero a la finca, acompañado del arquitecto de la ciudad; se trazaron planos, llevaron operarios y, a poco, los vecinos hortelanos vieron, con sorpresa, el vetusto y antiguo convento disfrazado de quinta de recreo.

«Monte-Sión» iba a ser habitado.

Los nuevos propietarios—una señora Condesa y sus hijas—pasarían en la quinta por lo menos las temporadas de primavera...

Y así sucedió.

En aquellos vehículos que Rosa-María había visto, llegaban los nuevos amos de Monte Sión.

Cuando la muchacha satisfizo su curiosidad volvió al lado de su abuelito para contarle, ce por ce, cuanto había visto. ¡Qué lujo! ¡qué equipaje! ¡qué legión de criados y dependientes!

Rosa-María lo había examinado todo sin perder un ápice, personaje por personaje, prenda por prenda, detalle por detalle. Podía dar cuenta exacta, del corte de los vestidos de las señoritas, del color de los guantes, de la forma de los velillos, del adorno y traza de los sombreros...

A Rosa-María le maravillaba que todo aquel ejército de domésticos y todo aquel tren de lujo, se moviera exclusivamente para servir y atender a aquella insignificante mujer, que solo por el despotismo con que mandaba acusaba su señorío.

—Es que debe ser una señora de ringo-rango—dijo sentenciosamente señó Frasquito—y como dijo el otro: a quien tiene ducados, no le falta gente que baile a su lado.»

II

A partir de aquel día adquirió un nuevo aspecto la vida en aquel rincón de la campiña andaluza.

La fastuosidad de Monte-Sión, influyó sobre el humilde vecindario, y de un modo especial, sobre la huerta del señó Frasquito, que estaba adosada a la misma tapia de la quinta.

La huerta había gozado hasta entonces de paz. Bajo el em-

parrado de su humilde casita, sobre los bancales de hortaliza, entre los naranjos y granados de su arboleda, o junto a los hermosos rosales que rodeaban la casa—y daban nombre a la huerta,—la vida se había deslizado monótona, alegre y dichosa.

Con la llegada de los vecinos cambió.

La vida tumultuosa de aquella gente llegaba hasta la huerta de los *Rosales* turbando la paz... Era la ciudad, con sus refinamientos y sus ruidos, con su agitación, y sus exigencias, la que había invadido la pacífica huerta.

Las noches perdieron su silencio y su tranquilidad; las tardes su calma. Semanalmente, en los días de recepción, se llenaba la carretera de coches, el jardín de risas y de alboroto... lucían los focos del jardín... sonaban las notas del piano, y el baile y la algazara duraba hasta la madrugada... y señó trasquito, que se acostaba a la hora de las gallinas, daba vueltas en el lecho y gruñía lamentando que le robaron uno de sus más preciados tesoros: su bendito sueño de hombre justo y trabajador.

Así fué entrando la ciudad en el campo; los "señores" de Monte-Sión se hicieron un poco campesinos, y la huerta en cambio, se hizo un poco ciudadana; las hijas de los hortelanos sintieron la necesidad de vestir mejor, los vales y las polkas alternaban ya con las clásicas sevillanas, y las tonadillas de moda entraron a formar parte de la canción de la huerta.

III

—¡Maruja!

Maruja, que era la criada de la huerta de los *Rosales*, y que, a la sazón cribaba grano para las gallinas, levantó la cabeza y vió por entre las tunas del vallado a Coralito, una de las criadas de la señora Condesa.

—¿Qué quieres?

—¿Tienen ustedes tila?

—¿Qué?

—¿Que si tienen flor de tila para los nervios?

—No, aquí, no.

—¿Habrà en la huerta de la Teja?

—¡Pué que haya!

— ¡A que voy a tener que ir al pueblo por la condenada tila! ¿Me acompañas?

— ¿Y esto? ¿cómo dejas esto?

— Si es un momento; ahí, a la huerta de la Teja.

— No puedo... luego seña Ana se pone hecha una furia... oye... ¿pa quién es la tila?

— Para la señora.

— ¿Se ha puesto mala?

— ¿Mala? ¡Peor!

— Pero ¿qué pasa?

— Lo fin del mundo... y que me han dejado sola para todo... Benito y Gertrudis a la estación a esperar a la señorita Eulalia.

— Pero ¿va a venir la sita Ulalia?

— Bautista al pueblo a avisar al señor administrador... Juan por un médico...

— Pero ¿es cosa grave?

— Y aquí me tienes a mi sola para todo: ¡"Coralito, que tengas cuidado con la señora, que le va a dar el patatús!"; "¡Coralito" que esto! Coralito que lo otro y lo de más allá... y Coralito está ya hasta la punta del pelo...

— De manera ello es que son los señores... es decir la sita Ulalia... es decir... la...

— Si hay para contar largo y tendido... Si cuando se sepa en el pueblo se van a escribir historias y romances...

— Pero, oye, oye... ¿adonde vas?

— ¡Por la tila!

— Aguárdate... aguárdate... que voy contigo; de modo que dices que...

— ¡Igúrate que la señorita Eulalia...

Y, charla que te charla, se dirigieron las dos a la huerta de la Teja.

IV

Cuando Maruja regresó la estaba esperando la seña Ana en el mismo portillo. El entrecejo de la vieja anunciaba tormenta.

Maruja intentó parar el golpe hábilmente, y antes que seña

Ana hablara, puso por delante—a guisa de escudo—esta exclamación:

—¡Ay! ¡No sabe usted lo que ha pasado en Monte-Sión!

Sin desarrugar del todo el ceño la vieja inquirió:

—¿En la quinta? ¿qué es lo que ha pasado en la Quinta...?

Maruja era el asombro y la exageración en persona; el más pequeño suceso tomaba en su imaginación proporciones gigantescas.

—¡No quiera usted saber, señora Ana, no quiera usted saber...?

Sin embargo, señora Ana tuvo un movimiento enérgico; dominó su curioso deseo en holocausto de la autoridad.

—¡Y que tú necesitas mucho! anda, anda, dejate de historias y ¡a lo tuyo!

Luego dignamente, heroicamente volvió la espalda a Maruja, dejándola boquiabierta—como si no le importara nada la noticia—y hasta tuvo el valor de dar unos cuantos pasos hacia la casa, y se detuvo ante una maceta de claveles para cortar unas ramas secas... Ya en la puerta se volvió para mirar de soslayo a Maruja...

—Que no se te olvide picarle las hojas a las gallinas... ¿lo oyes niña?

Entonces fué cuando observó el rostro de la muchacha... ¡Diantre! *aquello*, la noticia anunciada, debía ser verdad; no había más que fijarse en la expresión de Maruja: movía la criba maquinalmente; su pensamiento y su alma estaban en la quinta...

—Vaya, vaya,—dijo señora Ana acercándose a la muchacha—lo mejor será que yo te dé una mano... porque, lo que es tú... con el belén ese de la quinta... me paese que no vas a dar pie con bola... y... ¿se puede saber qué es *eso*...?

—¿Lo de la quinta...? ¡ay! ¡ay! señora Ana! qué cosas pasan...! ¡qué cosas...!

La criba quedó abandonada en el suelo, y las manos y la cara de Maruja expresaron tanta desolación que señora Ana,venida ya, entró de lleno en el suceso.

—Figúrese usted, que la sita Ulalia, la que se casó con aquel señor forastero y se fué a los Madriles, viene hoy pa acá... y ¡cómo viene! ¡madrecita mía! Ni casá, ni soltera, ni viuda!

—A ver, a ver, muchacha, ¿qué estás diciendo?

—El Evangelio de la misa: Señor, que nadie se va de este pajolero mundo, sin saber que ha estao en él... como dijo el otro; y a esa señoritinga le ha llegao su hora y san se acabó.

¿No está viendo tóo el mundo lo que es esa gente...? porque, señó, mu bueno y mu santo que estén en su terreno, porque, pa eso son quien son... pero ya es mucha fantesía, que ahí está Coralito que hace muchos años que sirve en la casa y no me dejará mentí... dice que pa hablá con la señora o con las niñas hay que encomendarse a las ánimas benditas— ¡qué niñas!—Por quítame allá esas pajas, arman una sanfrancia. ¡Po ¿dónde me deja usté sus pretensiones?, ¡ay! que pamplinas y qué infundios...

¡Pero, vengan ustedes acá, dijés de mi alma! Si tóo ese perifollo es farso... ¡falso, seña Ana, más falso que el alma de Juda, que me lo ha dicho a mi Coralito. Misté: el pelo que llevan es mentira... toos es pintao... y los lunares finjíos... y ¿pa qué desí más...? hasta el coló de la cara es postizo que le hase usté así y escarba una miaja y caen esconchaos como de una paré vieja... Po, entonces ¿a qué tanta prosopeya?

Seña Ana, impaciente, exigió que suprimiera comentarios y fuera derecha al asunto. Era mucho pedir. Sin embargo, Maruja procuró complacer a la vieja.

Parece ser que la señorita Eulalia, que era la hija mayor de la señora Condesa, había tenido un novio—el primer amor—allá en Sevilla, mucho antes de establecerse la familia en la quinta. Era un buen muchacho, militar, y según Coralito, "un mozo hasta allí", además estaba enamorado de Eulalia, porque... ¡cómo ha de ser!, hay gustos que merecen palos... Pues, señor que, de la noche a la mañana, se presentó en Sevilla un señorito de los Madriles, más estirado que un bajá de tres colas, y con más ínfulas que el Tamerlan de Persia, y este es el que vió en las Delicias a la señorita Eulalia, le entró por el ojito derecho, y cucamonas van, cucamonas vienen, arrumacos por aquí y zalamerías por allá, le hizo perder a la niña la poca chaveta que le quedaba. Ella, que es "muy coquetísima", se dejó querer y se puso a "jugar con dos barajas", y a aguantar «mecha» hasta que le dieron el soplo al «otro». ¡Madre mía! ¡La que se armó!, que él se puso por las nubes, que ella

un poco más arriba, y, con unas y con otras, acabó el noviajo como la comedia de Ubrique. A los pocos días ya estaba la niña en relaciones con el madrileño. El militar, desesperado, pidió que lo mandaran a los «Chirlos Mirlos», y por no mandarlo tan lejos, lo destinaron ahí, al «Moro», ¡que lástima de hombre! La niña, entre tanto, tan «recocleada», con su nuevo novio, luciéndolo por Sevilla y preparando a escape, la boda, porque le parecía que se le iba a escapar de las manos. En un santiamén se casaron... ¡Bueno! Eche usted regalos y perifoneos, porque de París de Francia trajeron los vestidos; que dicen que no se han conocido en Sevilla, con ser Sevilla, una boda de tanto rumbo. ¡Y a Madrid se ha dicho!, que era lo que ella quería. A lucirse por aquellos teatros y por aquellos salones. Pero, amigo mío, Dios no se queda con nada de nadie, y el que la hace la paga... No hicieron más que llegar a la corte, antes de que pasara la luna de miel, el madrileño se quitó la careta, arrinconó a su mujer como si fuera un trasto viejo, y trincó el dinero de la dote que es lo que él iba buscando... Lo que entre marido y mujer había sucedido, eso solo Dios y ellos lo saben... pero, es de suponer... porque al fin han tenido que separarse. Y esta es la que ha arreglado sus bártulos y se viene con su madre... ¿y cómo?, ¡madre mía! ¡ni mocita, ni casada, ni viuda!...

—¡Jesús, Jesús, Jesús...—decía seña Ana, moviendo la cabeza—se muere de una de vieja y no se acaba de ver cosas nuevas...

V

Aquella mañana no se oyó a Rosa-María, cantar, como de costumbre... seña Ana trató de averiguar la causa del silencio y buscó a Maruja que estaba en todos los secretos de la huerta.

—Vamos a ver, niña; me vas a decir la verdad, sin quitar ni poner una tilde ¿qué es lo que le pasa a Rosa-María?

—¿A mí me pregunta usted? ¡Ave María Purísima!

—Menos alharacas, menos alharacas, que estoy al cabo de la calle... Ya sé yo que ese Joselí andaba detrás de la niña por eso lo he puesto de patitas en la calle... pero lo que yo no sa-

bia es que la niña estuviera interesá... y eso es lo que tú me vas a decir...

—¿Yo...? ¡Seña Ana!

—No te hagas la tonta... que conmigo no sirven tus aspa-vientos... Cántame claro, si no quieres que te haga yo cantar a la fuerza... ¿qué es lo que hay entre Joselí y Rosa-María...?

—Como haber... lo que hay es... que, como se han criado juntos... como aquel que dice... Joselí trabajando en la huerta desde que tenía uso de razón... y la niña jugando con él desde que no levantaba un palmo del suelo... y ella fué creciendo y él también... y ella cada vez más bonita... pues, lo que sucede... Joseli se enamoriscó... pero... no crea usted, muy de veras, muy de veras, que si hay hombre que quiera en el mundo de verdá, este hombre es Joselí.

—Y ¿la niña?

—Misté, seña Ana, le voy a usted a hablar como al pié del confesor, a la niña le gustaban los arrumacos de Joselí, pero ella, lo que se dice interesá, no estaba. Se dejaba queré, y na más, y así estaban las cosas hasta que usted echó a Joseli de la huer a...

—¡Ah! ¿de modo que cuando salió...?

—Sí, señora: cuando salió Joseli a RosaM-aría le entró una lástima muy grande, muy grande... y tal día como hoy lo echaron y al día siguiente se puso en relaciones formales con él.

—Y ¿cuando se hablan?

—Si no se hablan, Misté; por la mañana temprano cuando él pasa po el camino ella está en la azotea, y él al pasá, hase asin con el sombrero, y élla hase asin con la mano; a la tarde, cuando él regresa, vuelta a la misma faena; y eso es tóo... miento, no es eso tóo... Cuando tien algo que desirse, se lo mandan a desí conmigo... A mí un poné, me dice Rosa-María: "anda vé y dile a Joselí esto, y esto, y esto" y yo voy y se lo digo... y él me contaba «tal y tal cosa» y yo vengo y se lo digo a la niña, y pare usted de contá.

—Entonces ¿porqué está ella triste?

—Toma, porque ayer, cuando Joselí volvía del campo, lo estaba yo esperando en la punta del piná y va y me dise: "Dile a mi Rosa-María (la llama asin; *su* Rosa) que me voy del pueblo.



Señor Frasquito empuñó su escopeta y disparó al apuro de la Condesa cuando se disponía a saltar la tapia.

- ¿Que se vá? ¿dónde?
—Me dijo el punto y no me acuerdo, mu lejísimo.
—Y ¿porqué se vá?
—Dise que va a ganar dinero... mucho dinero, y cuando lo tenga, que volverá pa casarse... y que lo único que quiere es que ella prometa esperarlo; lo cual que ella se echó a llorar, y lo prometió...
—Y ¿nada más?
—Sí, señora, que quería él despedirse y hablar con ella antes del viaje...
—¿Y qué?
—Que él le propuso que saliera de madrugada por la ventana de la madre selva que da al camino...
—¿Y salió ella?
—No...
—Y ¿cuándo se va él?
—Dentro de unos días.
—Bueno, bueno; pues, punto en boca, y cuidao como dices a nadie una palabra de estas tonterías...

VI

Señó Frasquito se acercó a la alberca y colocó sobre el pretil un montón de hortaliza. Llamó a Carpito,—que había sustituido a Joselí—y Carpito no pareció; llamó a Maruja, y, tampoco.

- ¿Dónde están los chavales?— preguntó a seña Ana...
—En la Quinta.
—Por vía de la Quinta, ¿qué es lo que pasa?
—Que desde que llegó la señorita Eulalia todo el mundo anda de cabeza y a soponcio por día y a disgusto por hora... ¿querías algo?
—No, deja, yo me apañaré sólo.
Y mientras preparaba la hortaliza, comenzó señó Frasquito a murmurar entre dientes:

—¡Por vía del chápíro verdel miste que es cosa fuerte que desde que vinieron esos señores, no nos dejan un día tranquilo... unas veces por pitos y otras por flauta, lo cierto es que toas

las tormentas vienen del lao de Monte-Sión. ¡Vamo a ve como están estas buenas mozas!

Y comenzó a lavar las lechugas en el pilón de la alberca.

Señó Frasquito, habituado a la soledad de su huerta, y compenetrado con ella, tenía la costumbre de hablar solo, en voz alta, a veces sus monólogos adquirían el carácter de coloquios, porque se dirigía a las plantas y a los árboles, *dialogaba* con la tierra y con el agua; él entendía el «lenguaje» de las cosas, y suponía que a él lo entendían también.

Y en su coloquio estaba cuando se le acercó seña Ana...

—¿Has visto como está ogaño la huerta?

—¡Ya, ya!

—¡Qué bendición! Viene el granao empujando de cara que da gloria verlo... y en cuanto al naranjo... no pué con la carga que tiene encima... El Señó nos lo guarde... que, como dijo el otro: Bien sobre bien; bocado mantecado mojado en miel.

—¡Dios sea bendito!

—Lo dijo al tanto de que venía yo pa acá pensando y repensando en ello y me decía pa mi capote: «Señó Frasquito, esto hay que celebrarlo como corresponde». ¿No es así?

—Tú dirá...

—No calcula po onde voy?...

—Ya, ya...

—Bueno, po; no hay más que hablá... ¿No estaba la niña antojá po un pañolito de espumilla bordá en colores? Po se lo compra... y se acabó.

—Bueno...

—¡Ah! ¿na más que "bueno,"? ¿y dicho así, de esa manera? ¿Es que te paese poco? Po echale encima una farda de percá... ¿Es poco toavía?

—No, no.

—Entonce ¿que más quiere?

—No, no es eso— dijo muy seria y muy solemne, seña Ana— es que ya es hora de que nos ocupemos del porvenir de la niña.

En esto del «porvenir» de la niña nunca habían estado de acuerdo.

Seña Ana tenía ambición; se había esmerado en criar aquel *rosalito* con los más excesivos cuidados y soñaba con

“el oro y el moro”. Quería a todo trance verla fuera de la huerta, en otro ambiente y en otra categoría. No podía resignarse a que la finura y la belleza de aquella flor se marchitara allí escondida en el rincón del terruño.

Cuando se opuso a aquella *chiquillada* de Joselí, lo hizo con esta idea. Luego vió que la niña, veleidosa y ligera, le olvidó a los cuatro días y cantó victoria, resuelta a llevar a cabo su plan.

Y, según la traza, el plan estaba a punto de realizarse.

Señó Frasquito tenía otra clase de egoísmo.

No quería separarse de su niña por nada del mundo.

Muchas veces habían discutido los viejos.

He aquí las razones de señá Ana:

Ellos se habían hecho cargo de la huerfanita cuando murieron los padres... y debían pensar en el día de mañana... debían dejarla bien colocada para que cuando ellos faltaran...

Señó Frasquito se ponía de mal talante sólo al pensar en esto.

—Piénsalo bien. Frasquito: que las cosas, no son como tú quisieras, sino como deben ser... A las mocitas les llega su sazón como a la fruta del árbol... y cuando la fruta está madura o se cae de la rama... o se la llevan.

—¿Qué se la llevan?, ¿quién se la va a llevá estando yo aquí?

—El que ella elija...

—¿Quién?

—Desparrama la vista por estos alrededores...

—Y la desparramóo... y miró uno por uno a todos los mozos del pago, y no hay uno, uno siquiera que merezca recogé el polvo que levanta las pisás de mi Rosa-María.

—¿No, si no va la cosa por los mozos del pago... va más alto.

—¿Por donde?

—No has reparao en el apoderao de la señora Condesa?

—Pero, ¿estás loca? ¿el apoderao? ¡un forastero! un señoritol Vamos, vamos; no me hables de eso!

—¿Y si a ella le gusta?

—¿Qué ha de gustarle? Cuando mi Rosa-María piense en eso... ya que tié que pensá, se fijará en un hombre... en un

hombre de su clase... No én un señorito...

—¿Y si a ella le parece bien...?

—No, ¡nunca! ¡mejor hubiera consentío a Joseli... Joseli, es un hombre, un hombre de bien... noble, franco, trabajador... y no lo he consentío... mucho menos a un pisaverde... que ni conozco ni sé las intensiones que trae...

—Pues llama a la niña y pregúntásele...

—¡Qué he de preguntarle!... ¡sabe la niña lo que hase ni lo que dise! Ana, tú quieres sacarme de mis casillas, y lo vas a conseguir... óyelo bien: Eso no son más que ilusiones tuyas... sí, ¡ilusiones! que te ha dao la tontería por figurá, y no haces más que formarte castillitos en el aire... Qué te has propuesto pintá la sigüña y casá a la niña con el archipámpano de las Indias... pa ponerte moños en el pueblo oyendo desí a la gente: «¿Quién? ¿Rosa-María la de los «Rosales»? ¿La nieta de seña Ana? ¡qué suerte la suya! ¡se ha llevao un buen partío! ¡un potentao! y tú muy orgullosa viendo a la niña en lo alto... ¿no es eso? Pues, que se te quite de la cabeza. Que aquí quien manda soy yo, y mientras el cuerpo me haga sombra... lo que es eso, no lo consiento... ¡pues no faltaba más!

Y bufando y resoplando con fuerza profirió algunas palabras incoherentes, y unas cuantas amenazas y se alejó de seña Ana, refugiándose en la arboleda; allí se despachó a su gusto, desahogó su pecho, y contó a sus buenos amigos los granados y los naranjos, sus quejas y hasta pidió consejos.

VII

La oposición de señó Frasquito fué terminante.

Pero como seña Ana era testaruda, y Rosa-María tan propensa a sentir lástima de los enamorados perseguidos y contrariados, he aquí que la oposición de señó Frasquito vino a echar leña al fuego.

Con todo los encantos del misterio, del secreto, de lo prohibido, y los acridubres sobresaltos de la oposición se entabló el idilio.

Protegíalos seña Ana. Hablaban a hurtadillas a las altas horas de la noche, cuando todos dormían. El señorito penetraba furtivamente en la huerta... Era hombre ducho en amoro-

sas contiendas... y, auxiliado por la romántica imaginación de la niña, logró interesarla y envolverla en sus donjuanescas redes.

VIII

—¡Por vía de los moros! venga usted acá—decía en sus monólogos señó Frasquito—mientras abría con la azada canales y cauce al agua que regaba los bancales—venga usted acá... tenga usted calma... que si luego se tuerse el carro, saldrá el sol por Antequera. Si no hay que darle vuelta: El que quiere la col, quiere las matitas de alrededor. ¿No eso eso? Pues ¿entonces? Yo quisiera ver a ustedes (esto se lo decía a los naranjos), yo quisiera ver a ustedes en mi lugar... a ver que hacían... ¿eh? Que más sabé el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena, y el que más y el que menos, distingue donde le aprieta el zapato, ¡qué caray de musical!

Y aconteció que una noche en que había tertulia y música en "Monte-Sión", y señó Frasquito daba vueltas en la cama gruñendo y protestando, oyó, de pronto, un ruido extraño en los alrededores de la casa. Tiróse del lecho, se asomó a la ventana y vió dos sombras entre los granados... Empuñó su escopeta y salió como un loco. No se había equivocado, una de las sombras corrió hacia la tapia de "Monte-Sión". Señó Frasquito la conoció y disparó su escopeta. Mas el perseguido ganó la tapia y se perdió en el laberinto del jardín.

Al siguiente día, y luego de una dolorosa escena entre abuelo y nieta, en la que Rosa-María, entre lágrimas, "lo confesó todo", señó Frasquito, protestando motivos de salud llevó a la niña a San Juan de los Alcores, para que estuviera una temporada con unos parientes que vivían en el pueblo.

Faltó el alegre canto de la muchacha en la huerta. Un velo de tristeza cubrió el rostro de los viejos, y las mismas notas que flotaban en el apacible ambiente de la campiña, recordando el venturoso ayer, hacían más intensa y más honda la tristeza de la ausencia.

IX

Empezaban ya a brillar los luceros de la tarde; los tonos cárdenos y violetas del crepúsculo extendían por el campo esa

infinita melancolía del anochecer, los ecos lejanos tenían vibraciones de misterio... Como un invisible y siniestro pájaro nocturno, de extensas alas y agorero graznido, partió, no se sabe de dónde, la trágica noticia. Voló primero medrosa e incierta como un rumor, de choza en choza, de vereda en vereda, a ras de tierra, silbando como viento invernal; penetró por todas las rendijas, azotando los oídos, conmoviendo los corazones... a su paso dejaba una estela de espanto; las viejas se santiguaban, las muchachas abrían los ojos con asombro. Todo el pago se puso en conmoción... Las vecinas se buscaban para confirmar y comentar el suceso, y, luego, atraídas por el dolor... lentas y en silencio, como sombras, se fueron acercando a "Monte-Sión".

Entre las sombras de la noche, la negra silueta de la quinta se levantaba imponente. Sólo había luz en una ventana. Y, de vez en vez, un gemido desconsolador, agudo, penetrante hería el silencio de la noche.

Los grupos de mujeres se mantenían a cierta distancia, confundidas casi con las sombras de los vallados. Cuchicheaban con voz muy queda.

Nunca, nunca había ocurrido un caso semejante en la comarca.

En uno de los grupos más numerosos estaba Maruja. Las mujeres la rodeaban. Era la única que tenía noticias exactas del suceso. Su asombro rayaba en el paroxismo.

Por cierto que se lo venía anunciando el corazón hacia ya mucho tiempo; así que cuando oyó el primer grito...—porque ella fué la que oyó el grito—dijo para sí: "Ya, ya está ahí lo que yo me temía,, y echó a correr para la Quinta, y pudo entrar cuando acababa de ocurrir la desgracia. ¡Ah! ¡Qué horror! A ella no la pudo ver. Esta es la verdad. Pero vió a la señora Condesa que partía el corazón. Parece increíble que una criatura tan fina y tan delicada como la señorita Eulalia hubiera tenido valor para eso... El caso había ocurrido así: a eso del medio día salió la señorita Eulalia, buscó pluma y papel y escribió una carta muy larga; luego se encerró en su cuarto; cuando llamaron para la comida no contestó nadie... tuvieron que desherrajar la puerta... y la señorita estaba ya en la eternidad. Mienten con toda su boca los que aseguran que fué con

arma de fuego. Maruja había visto el vaso del veneno— ¡aún quedaba en el fondo un poco de líquido de un color así como verdoso que daba miedo mirarlo!

En cuanto a la causa del suicidio... en esto sí que no se pudieron poner de acuerdo las mujeres del pago... circularon varias versiones todas con derecho a la autenticidad... y poco a poco aquellas versiones fueron adquiriendo proporciones fantásticas hasta convertirse en verdaderas leyendas.

Aquella noche no pudo dormir señor Frasquito. Estuvo vagando por la arboleda como un fantasma.

Apenas amaneció tomó el camino de San Juan de los Alcores, recogió a su nieta, y se la llevó a la huerta

X

Cuando señor José—el padre de Joselí— entró en los “Rosales”, estaba señor Frasquito preparando su hortaliza como de costumbre.

—¡A la paz de Dió!—dijo señor José al entrar.

El viejo hortelano levantó la cabeza y pudo observar que el rostro de señor José irradiaba alegría.

—¡Hola, señor José!... ¿qué hay?

—Que... que pasé por la puerta... y dije, digo: “Vamos a ver a señor Frasquito...”

—Siéntese usted... y eche un cigarro—dijo alargándole la petaca—que, como dijo el otro: entre col y col, lechuga.

Y comenzó la ardua y enrevesada tarea de hacer el cigarro, ajustándose a los cánones clásicos.

Entre tanto no cesaban de hablar, hablaban de cosas indiferentes: del campo, de la cosecha, pero señor Frasquito conocía que en aquella felicidad que inundaba el semblante de señor José había algo que quería decir y no sabía cómo.

Al fin encontró la coyuntura, para hablar de “su mayorcillo”—él llamaba siempre así a su hijo Joselí—. Su alegría era porque había recibido carta de él anunciando el próximo regreso...

Señor José se deshizo en elogios del muchacho. Aquel hijo valía un tesoro. El quería a todos sus hijos pero aquel Joselí era su ojito derecho... ¡qué “sentio” el suyo...! con decir que

en el tiempo que había estado fuera, había sabido reunir una buena *pacotilla*, y en cuanto consiguió lo que quería, volvía a “a lo suyo”, a su tierra, con su gente... a cumplir *sus promesas*, y a portarse como un hombre...

Por cierto que en su última carta le había encargado a señor José... que pasara por “los Rosales”, que hablara con señor Frasquito y con Rosa-María... y les dijera que él estaba “en lo mismo”, que no tenía más que un querer y una palabra... y que, si no había inconveniente, que fueran preparando los papeles...

Pero ¿qué sucedía? Mientras el rostro de señor José resplandecía de satisfacción, el de señor Frasquito se había tornado serio, grave y ceñudo...

—¿Qué dice usted a ésto—señor Frasquito?

—Señor José... no sabe usted el daño que me hacen esas palabras.

—¿Por qué?

—Porque un hombre como yo no puede engañar ni fingir... Dígame usted a José que eso que él quiere no puede ser... que a esa nobleza suya yo no puedo corresponder con el engaño...

Y, con los ojos bajos, con la voz temblona, como si el culpable fuera él, y al hablar implorara perdón por una falta, que no había cometido, contó la afrenta de su casa... la pobre niña deshonrada; la cobarde y villana fuga del seductor, y luego la estratagema del viaje a San Juan de los Alcores, para ocultar la infamia, y todo, todo lo contó sin pasar por alto el dolor de los viejos ni la tristeza de Rosa-María condenada a vivir separada del hijo fruto de aquella falta.

Cuando terminó el relato dos lagrimones surcaban las arrugadas mejillas de señor Frasquito... y en cuanto a señor José tuvo que limpiar con el dorso de la mano sus húmedos ojos, mientras murmuraba:

—¡Pobre José! ¡Pobre José...!

XI

Algunos días después volvió a aparecer en la huerta señor José... y allá, bajo la sombra de los naranjos, tuvo una larga entrevista con señor Frasquito.

Había comunicado a Joselí la noticia y ya tenía la contestación. "Su mayorcillo" no tenía más que un querer y una palabra. Para él no había en el mundo más que una mujer: Rosa-Maria. Por ella había sufrido y trabajado como un héroe... En su vida no había más que una esperanza y una ilusión...

Día por día, año por año, había ido depositando en aquel altar todos sus deseos y todas sus aspiraciones. Más que amor era para él un culto... Sólo un temor había hecho temblar el edificio de sus esperanzas: que ella no quisiera aceptarlo...

Si había caído... él la levantaría. Si con el perdón y el olvido de lo pasado podía conquistar su gratitud y su cariño, se consideraba muy feliz... Si ella quería... aquel niño abandonado ya tenía padre...

XII

Poco tiempo después regresó Joselí a los "Rosales". Una tarde del otoño entró en la huerta... todo estaba lo mismo que antes de su partida. La quinta de "Monte-Sion" había quedado desierta, silenciosa y abandonada, y la dulce paz del campo reinaba en los Rosales.

Señor Frasquito al ver a Joselí le abrazó conmovido y silencioso... luego... como si el tiempo transcurrido se hubiera borrado, como si aquella tarde fuera la siguiente a la del día en que Joselí abandonó la huerta, el viejo, se volvió hacia el naranjal y dijo sencillamente:

—Allí está Rosa-Maria.

Junto a la acequia pelaron su primera pava, y concertaron la boda.

Y desde aquel día, no se turbó más la alegre y humilde canción de paz de la huerta de los "Rosales."

Luis León Domínguez

Editorial Alejandro Pueyo

APARTADO 96, MADRID

ULTIMAS PUBLICACIONES

LA CASA DE LA TROYA (novela premiada por la «Real Academia Española») de Alejandro Pérez Lugín, 23 edición.—Cinco pesetas.

CORAZONES SIN RUMBO (novela) de Pedro Mata, novena edición.—Cinco pesetas.

VOLVORETA (novela premiada en el Concurso del «Círculo de Bellas Artes») por Wenceslao Fernández Florez, quinta edición.—Cinco pesetas.

NUMEROS PUBLICADOS POR «ESQUEMAS»

- 1.º ENSUEÑOS, Francisco Torre-Marín.
- 2.º LA VENUS MORENA, Emilio Carrere.
- 3.º RESURRECCION, Francisco Vilaespesa
- 4.º LUZ DE LO ALTO, Pedro Luis de Gálvez.
- 5.º POR LA SANTA CAUSA, Luis Antón del Olmet.
- 6.º LA CANCION DE LA HUERTA, Luis León Domínguez.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias .	2,20 trimestre.
Idem id.	4,20 semestre.
Idem id.	8,00 año.

ESQUEMAS ofrece el sumo de publicidad y economía a los anunciantes por la gran difusión que ha alcanzado en todas clases sociales y la economía de su tarifa.

ESQUEMAS

ASPIRA A SER LA REVISTA DE LA JUVENTUD

COLABORADORES:

Emilio Carrère, José Francés, Rafael Cansinos-Assens, Basilio Alvarez, Francisco Torre-Marín, Ramón Gómez de la Serna, Francisco Villaespesa, Xavier Bóveda, Regina Opisso de Llorens, Jaime Solá, Pedro Luis de Gálvez, Ramón Martínez de la Riva, Ramón Fernández Mato, Javier Montero, José Costa Figueiras, Señora Condesa de Pardo Bazán, Manuel Linares Rivas, Joaquín Belda, Marqués de Figueroa, Luis León Domínguez, E. Ribera Chevremont, Antonio G. de Linares, Francisco de Rossón, Antonio Espina García, Manuel Lustres Rivas, José López Requejo, Alfonso Vidal y Planas, Amalia Mateo, Antonio Corbí Peñalver, Francisco Ramos de Castro, Juan José Llovet, Pablo López Agudín, Francisco Gordo Gómez, Manuel Piñera Bello, Isidro Agustín Moraga, Andrés Vázquez de Sola, A. Bas-Molina, Armando Buscarini y otros.

Dibujante único: Max Ramos

DIRÍJASE TODA LA CORRESPONDENCIA
AL ADMINISTRADOR:

Travesía de San Lorenzo, 15, bajo.

M A D R I D

ESQUEMAS

NO ADMITE COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Establecimiento Tipográfico de Antonio Corbí, Santa María, 26, Madrid.